



## SOCIOLOGIA COLOMBIANA

### LA HISTORIA VERDADERA

Doctor EDUARDO SANTA

**Es necesario rescatarla, humanizarla y hacerla verdaderamente nuestra. El caudillo y las frustraciones nacionales.**

La historia de los pueblos no es otra cosa que su radiografía moral, el reflejo de su psiquismo colectivo, de su manera de actuar frente a las circunstancias y modalidades espacio-temporales. La historia, toda historia, presupone la existencia de este binomio cuasi-inseparable: espacio y tiempo. Porque ella se sucede en alguna parte, en algún retazo del mundo, y durante un lapso de esa ficción que los físicos y los filósofos han solido llamar tiempo, pero que no es más que una relación de movimiento.

La historia es río que camina y espejo en donde se retrata el alma de una colectividad. Por ello resulta imposible entender la sociología de un país si se desconoce su historia. Para el psiquiatra resultaría muy difícil entender el comportamiento de su paciente si desconociera su hoja de vida, su historia individual, desde la infancia misma. Algunos incidentes del pasado pueden explicarle al científico actitudes o comportamientos del presente. Esto mismo le acontece al sociólogo, que en cierta forma no es más que un psicópata de los grupos sociales. Si desconoce la hoja de vida del grupo social le es difícil encontrar el

origen de las perturbaciones y trastornos del grupo humano objeto de su investigación. Con esta afirmación no queremos tampoco llegar a extremo de afirmar —como lo hacen muchos de la escuela histórica— de que solo la historia cuenta, porque ello significaría confundir la sociología con la historia. Quiero decir —simplemente— que la historia es un auxiliar de los estudios sociológicos y como auxiliar es absolutamente imposible desecharla.

Siguiendo el curso de la historia de una colectividad seguramente encontraremos a nuestro paso los otros auxiliares de la investigación sociológica. Ellos flotan sobre la superficie de la historia, como las hojas y los troncos en las aguas de un río. La historia estudiada con cuidado y juicio nos brinda ella misma todos los elementos constitutivos de la sociedad que la hace, de la misma manera que en una obra de arte podemos desentrañar los materiales de que fue hecha, de qué elementos dispuso el artifice para su confección y hasta las calidades espirituales del último.

Los factores que nos brinda la historia para el análisis sociológico de un pueblo, a primera vista ocultos, saltan a los ojos del observador atento que no se conforma con la primera impresión que reciben sus sentidos, sino que investiga, inquiera, analiza y

deduce, logrando traspasar el umbral de lo aparente para llegar a la esencia y a la raíz de las cosas y de los hechos.

Comprendiendo la importancia de la historia para la sociología y el papel que ella juega en la interpretación de lo social, no podría desecharse al hacer un intento de sociología colombiana. Y aquí surge el primer gran escollo para el estudioso que se aventura a adentrarse en esa inmensa selva de inexactitudes y de tergiversaciones que es la historia colombiana. Cuenta el aficionado a estas disciplinas con una serie de manuales en los que se ha pretendido hacer la historia como una colección de fechas, de anécdotas, de hechos escuetos, olvidando que el hecho social fue producto de un pueblo y que ese pueblo debió imprimirle su carácter peculiar. El hecho social, lo mismo que los hechos individuales, no pueden tomarse en abstracto, despersonalizándolo, ya que si fue "hecho" debió ser por alguien. Presentarlo en forma escueta quitándole su intención o desconociendo sus factores causales, es decir, el "por qué" y el "cómo" es deshumanizarlo por completo. Y lo que tenemos en Colombia es una historia deshumanizada en donde el historiador se ha convertido en un simple relator de acontecimientos escuetos, tomados en abstracto, sin pensar que fueron elaborados por un pueblo que tiene una personalidad determinada, una idiosincrasia y una tradición. El por qué y el cómo del hecho es lo que le da su carácter humano.

La historia de Colombia, como la de la mayor parte de los pueblos americanos, es una historia bárbara y cruel. A menos desde el lapso comprendido entre la conquista y la hora actual, es decir, durante cuatro siglos. Porque antes de la conquista española no era una nación la que vivía en el territorio de lo que hoy es Colombia

sino varias y no todas eran guerreras como los pijaos, pues las había industriales y pacíficas como los muiscas.

Pero partiendo desde la conquista española para acá la historia se nos llena de actos salvajes y bárbaros, aunque heroicos en muchos casos; de retaliaciones sistemáticas y de guerras intestinas. Desde el cruento sacrificio del hijo de la Gaitana en la hoguera preparada por el Capitán de Añasco; desde la muerte de Tisquesusa por Alonso Domínguez; desde el sacrificio del Cacique Tundama por Baltasar Maldonado; desde que Hernán Pérez ordenó degollar inmisericorde y codicioso a Aquimin, el último de nuestros zaques; pasando luego por el derramamiento de los comuneros en el Socorro y la traición consiguiente; por los descuartizamientos, fusilamientos y decapitamientos de la época de la Reconquista por las hordas del sádico "Pacificador" don Pablo Morillo, y luego por las hogueras crepitantes de la guerra de Independencia y de la Patria Boba hasta nuestros días, todo ha sido un incensante e inútil correr de sangre sin hemostático efectivo. Camilo Torres, Policarpa Salavarrieta, Francisco José de Caldas, Acevedo y Gómez, Tadeo Lozano y muchos más de nuestros ideólogos perillustres han caído en el festín de sangre sin solución de continuidad. Después vinieron las guerras civiles, recién fundada la República y aún no consolidada, y las conmociones políticas internas no han dejado en paz a la nación. Bajo el estruendo de las sucesivas revoluciones por las que hemos atravesado se sacrificaron inútilmente tres o cuatro generaciones de colombianos, algunas muy brillantes por cierto. La historia de las guerras civiles en Colombia ocupa un siglo entero, ya que antes de haber obtenido nuestra independencia absoluta de la corona española estábamos luchando entre hijos de una misma patria en los campos de Mar-

te. ¿La consecuencia de ello? Mejor sería no debatir este tema en tan corto espacio. Ya lo hemos abordado con alguna insistencia en algunos de nuestros ensayos. (1). Bástenos citar a don Carlos Martínez Silva, quien en 1893 escribía: "Nuestras guerras civiles permanentes no nos han dado tiempo de hacer programas de Gobierno". Y don Miguel Antonio Caro, asombrado por el encarnizamiento de nuestras luchas civiles y observando quizás que una guerra civil era hija de la anterior, afirmaba que "en Colombia no había partidos políticos sino odios heredados". Las generaciones colombianas anteriores a 1900 tenían que ser por razón o por fuerza generaciones entregadas al cultivo de las armas y fue en esta forma como se frustraron hombres de gran valía y singular talento como Pascual Bravo, joven y gallardo ideólogo antioqueño, sacrificado a edad temprana. Como Pascual Bravo, promesa en flor, centenares de jóvenes sucumbieron bajo la picota implacable del odio. Hombres de letras como Jorge Isaacs, César Conto, Antonio Nariño, Rafael Uribe, José Manuel Marroquín, Porfirio Barba Jacob, para no citar sino seis, al azar, nacieron al calor de nuestras revueltas intestinas, manejaron las armas de un partido contra otro y apenas si pudieron realizar su obra entre el estampido de los fusiles, entre tregua y tregua. Todo el siglo XIX estuvimos luchando por obra y gracia de los llamados caudillos que uncían el pueblo a su carroza de combate. Las ciencias tuvieron poco o ningún desarrollo y la industria y la técnica fueron endeble o brillaron por su ausencia. Ese siglo XIX está caracterizado en nuestra historia y en la historia de casi todos los

países americanos por la presencia de los "caudillos". Los Caudillos tipifican el siglo XIX en Colombia y en América. Todas las provincias producían "sus" caudillos y las luchas entre ellos le dieron sino fatal a nuestra historia. El caudillo, al decir de un escritor colombiano, era un ser que en la trinchera cortejaba la pluma y en el gabinete acariciaba la espada. Un elemento híbrido igualmente inepto para la lid de las armas y para la lid de las ideas. Durante una etapa largamente convulsa el hombre colombiano fue soldado. De la escuela salía directamente al campo de batalla. Se dejaban los libros abiertos cada vez que el clarín llamaba a filas. Desde su infancia las generaciones colombianas anteriores a 1900, jugaban a la guerra y quizás sus primeras impresiones recibidas fueran los arreos militares de sus padres y sus primeros juguetes las viejas charreteras o las polainas de sus antepasados. Por eso nacían acariciando la guerra, anidando en su corazón el desastre familiar y el propósito de vengarlo algún día. Adolescentes aún tenían que abandonar sus libros de latín, de historia y de literatura para ir al llamado inaplazable de las trincheras. Cuando la revuelta terminaba, el mozo, hecho ya militar, forzosamente iba a ponerse de nuevo en contacto con los libros, puesto que como vencedor iría a colaborar en el manejo de la administración pública, o como vencido, a hacer la oposición desde las trincheras del periodismo, en el ágora pública o en los parlamentos. Este sistema de vida poco apto para la formación de letrados y de militares, en el estricto sentido de la palabra, tenía que dar, como dió, un tipo humano híbrido de

---

Eduardo Santa

(1) - "Sociología Política de Colombia" (1955) y "Bases para una interpretación de los partidos políticos" (1960).

soldados-políticos, de soldados-estadistas, de soldados-filósofos, que en realidad ni eran soldados, ni estadistas, ni filósofos. Por la adolescencia misma del país no hubo una división del trabajo y así, al estallar la guerra, los estudiantas iban al combate y, al terminar ésta, los soldados iban a la administración y al manejo intelectual de la República. El caudillo es producto del siglo XIX en toda América, como el gentleman es un producto del siglo XIX europeo. En casi todas las ciudades americanas encontramos la estatua de ese hombre híbrido, dolorosamente frustrado y frustrador de la historia. Le vemos en los parques y en las avenidas, sobre su plinto de mármol, con una mano sobre el libro y la otra empuñando la espada. Es el mejor retrato del siglo XIX americano. Hombreros que estudiaban y se enamoraban de los textos hasta el punto de hacer una guerra por ellos, pero que en el combate anhelaban volver a la paz para abrirlos de nuevo. Los caudillos son hijos de las guerras y éstas a su vez son hijas de los caudillos. Se establece en tal forma un círculo vicioso. Los heroicos soldados de las guerras de Independencia pasan luego a manejar los destinos de los países a los que han dado libertad. Ellos son los presidentes y los gobernadores de los Estados, los periodistas y senadores de la república, los tribunos y los estadistas. Ya en el gobierno, acostumbrados al manejo de las armas, desencadenan la guerra por la conservación del poder mismo o por el predominio de una tesis que les roba la razón. Y de esa guerra saldrán nuevos héroes, dispuestos a disputarle a los viejos, palmo a palmo, la razón del gobierno y el manejo del país. De los primeros caudillos son hijas las guerras civiles que se multiplicaron en nuestro suelo como los males encerrados en la Caja de Pandora. Los caudillos fomentaron los odios y los resentimientos, em-

bragaron más de una vez al pueblo con utopías demagógicas y sembraron simientes indestructibles de resentimiento y de animadversión. Trazaron con su espada y su ambición al mericano que nos ha dividido a los colombianos en dos grupos que funcionan alternativamente como empresas de guerra o como bolsas de empleo. Hicieron la geografía política del país y nos dieron esas dos vertientes colosales que son nuestros dos partidos, levantadas sobre la historia con los materiales del resentimiento acumulado.

No creo equivocarme al decir que el caudillo humanamente es una frustración. Bajo el estrépido de la contienda se frustraron muchas generaciones de colombianos y a su vez la historia del país tuvo que ser como ha sido. Es una historia contradictoria, una historia de adolescentes que no saben lo que quieren o que quieren lo que no saben. El Profesor Luis López de Mesa nos habla en su libro "Escrutinio Sociológico de la Historia Colombiana" de nueve frustraciones. Pero difícil tarea es esta de enumerar tales frustraciones como se enumeran las calles de una ciudad. A cada paso que demos por la historia encontramos una caída. Frustración histórica fue el movimiento de los Comuneros del Socorro en 1781 que ancló su velamen revolucionario en la traición y en las palabras mentirosas del arzobispo Caballero; frustración la de la generación sacrificada en 1816 bajo la espada y la bota del "Pacificador" Morillo; frustración la del golpe de estado en 1854, animada por los mejores deseos de transformar la estructura social y económica del país; frustración el movimiento separatista de Panamá en 1903 que significó para Colombia la pérdida de una llave interoceánica que nos hubiera colocado en primera línea en el concierto de los pueblos prósperos; frustración el 9 de abril de 1948 en que la república perdió el primer si-

llar de su ordenamiento social en el presente siglo; frustración la del 13 de junio de 1953 en que la esperanza de volver a la paz fue defraudada por la misma persona que la echó a los vientos y la hizo crecer durante los primeros meses de su mandato; y, en este orden de cosas, el siglo pasado fue en cierta forma una permanente frustración histórica ya que en la llamarada bélica se consumía un capital físico y un capital humano representados ambos en la industria y el comercio, la agricultura y las inteligencias jóvenes que sucumbían empuñando un fusil en las trincheras, cuando bien pudieron tener en sus manos una pluma, un compás, una retorta, un código, un crisol o un alambique.

Hemos, pues, venido de frustración en frustración y en estas condiciones nos ha sido imposible construir una casa grande para todos, un techo nacional donde prospere la paz y reine la concordia, sino que en su lugar hemos sembrado el suelo de toldas desde donde nos miramos con recelo, esperando que los dioses de la discordia toquen el clarín de la guerra, para salir de nuestro aislamiento de clan político a combatir por cuestiones y diferencias que bien pudieran zanjarse con una buena dosis de patriotismo, de voluntad y de parlamento medurado.

El día en que se estudie y se revise la historia colombiana con un nuevo criterio, —no con el criterio de los partidos ni con el simplista del relator de hechos deshumanizados— entenderemos mejor la idiosincrasia de nuestro pueblo y pondremos un pedazo firme para futuras interpretaciones de carácter sociológico. La historia de Colombia —la verdadera historia de Colombia— está por escribirse y el día en que se escriba saldrá de sus páginas una lección tonificante que nos enseñará cómo la prudencia y el respeto por las ideas ajenas hace de los pueblos naciones prósperas y ricas.

Hasta ahora lo que nos han enseñado como historia es una colección insípida de reminiscencias, y nos han enseñado a amar a nuestra historia y a nuestra tradición como se ama a un cadáver o a una momia disecada de algún antepasado. La colección ordenada cronológicamente de fechas y de anécdotas, la sucesión de Presidentes de la República o de gobernantes, no puede ser jamás nuestra historia. Y eso es lo que tenemos y lo que nos han enseñado aburridoramente en los bancos de la escuela y de la Universidad. Se nos ha dado una historia artificiosa, disecada y fría, para decirnos de casi todos los presidentes —sobre todo de aquellos que representan determinados intereses políticos y económicos— que fueron ecuanímenes y progresistas y que bajo su administración se inauguraron muchos puentes, carreteras y ferrocarriles. Pero la historia de nuestra Patria no está ahí, ni mucho menos. Ella está más hondo y hay que buscarla, rescatarla, sacarla de los dedos desconocidos. Nuestra historia duerme en la razón de los hechos y no en la apariencia o superficie de los mismos. Hay que tomarlos de nuevo, traerlos a nuestros ojos y ver qué hay dentro, buscar, en fin, los móviles determinantes del mecanismo social. No tiene por qué importarnos cuántos liberales se enfrentaron a los conservadores en el combate de Palonegro, ni de qué color eran los pantalones o la guerrera del General Pinzón aquella tarde de la hecatombe. Mejor sería tratar de averiguar cuáles fueron las causas próximas y remotas de la contienda y qué factores humanos y circunstanciales se pusieron en juego bajo el lábaro destructor de dos enseñanzas contrarias, hasta cierto punto de vista accidentales. En el estudio de nuestras guerras civiles hace falta entrar con el bisturí dispuesto a diseccionar esos factores para poder decir si ellas se deben a la ambición de los caudillos,

a la intransigencia política o religiosa de los gobiernos y de los pueblos, a factores de transformación económica, a la ignorancia de los gobernados que se dejaban arrastrar por el prestigio o por la fuerza de los jefes, a ciertos factores de atavismo, a la incapacidad de los gobernantes para propiciar la estabilidad, a nuestra propensión a la anarquía, o a la carencia de una conciencia política que nos hubiera servido de brújula orientadora en los momentos de peligro o de zozobra colectiva.

Hay que rehacer la historia en el sentido de encontrarle un cómo y un por qué, para ponerle vida y, por ende, para darle una personalidad que es la de nuestro pueblo y de nuestro medio ambiente. En una palabra: para humanizarla. De lo contrario seguire-

mos teniendo una simple colección de fechas, de nombres, de presidentes "más o menos ecuanímenes y progresistas".

Es indispensable organizar nuestra historia por capítulos que no correspondan propiamente al recuento de los presidentes o de las constituciones, como se ha hecho hasta ahora, sino que correspondan más bien al desarrollo orgánico de las instituciones, de los partidos, de la industria, de los transportes, de las crisis, de la banca, del comercio, de la navegación, etc. Y si es que nuestros gobernantes han hecho algo digno por el país, sus nombres aparecerán vinculados a la historia de estas instituciones y actividades en la medida en que merezcan ser recordados por las generaciones de hoy y de mañana.

*"Pero el hecho innegable es que hoy, después de una larga centuria de controversias sobre si debe o no reconocerse a la Sociología carta de naturaleza en el territorio científico, tal ciencia continúa abriéndose paso por la fuerza misma de la importancia de su problemática en un mundo en donde la vida de relación humana adquiere tan imponderable y compleja intensidad.*

*Por otra parte la Sociología, además de ciencia vértice dentro de la pirámide del saber, es eminentemente una disciplina de correlación; en su campo se encuentran y entrelazan la mayor parte de las ramas del saber universal".*

Rafael Bernal Jiménez